
CAMPO MAGNÉTICO

Centralidad y dificultad

El enigma del ensayo es su visibilidad. Todos sabemos que tras este concepto se agrupan nuestras glorias literarias, en el XIX, Sarmiento, Andrés Bello, Alberti, Francisco Bilbao, Juan Montalvo, Eugenio María de Hostos, hasta Martí, Darío, Rodó. Escondido y a la vista, como la misteriosa carta que se busca en un relato de Edgar Allan Poe y que se disimula en el lugar más visible de la chimenea. Ciertamente, habría que retrogradar a los más alborotados tiempos de las amanecidas repúblicas para ver si los mejores textos de doctores y caudillos civiles del XIX se acomodan al criterio actual del género, puede que no. Lo de Montalvo son sermones, lo de González Prada son, a menudo, panfletos. Por lo demás, género muy decimonónico. Pero el apostolado civil y la indignación son una de las fontanas de la prosa encendida del ensayo —a veces—, que la ironía y el acervo sentir. Lo primero, Martí, lo segundo la amargura olímpica del Vasconcelos del “Ulises criollo”. Lucidez y dolor van muy juntos, por desgracia, en América morena. También por aquí, como decía alguno de los regeneracionistas”españoles de comienzos de siglo, “escribir es llorar”.

El ensayo no perdió su centralidad en el curso del siglo XX, después de González Prada, Justo Sierra, José Vasconcelos, desde los años veinte, Mariátegui, Pedro Henríquez Ureña, Martínez Estrada, Samuel Ramos, Alfonso Reyes, Antonio Caso, Germán Arciniegas, Helio Jaguaribe, Darcy Ribeiro, Uslar Pietri, Roberto Fernández Retamar, Leopoldo Zea, a lo que es justicia sumar los creadores de ficción: Borges, Cortázar, Fuentes, Vargas Llosa, Alejo Carpentier. El ensayo ha

sido en el curso del siglo XX, como el título de una de estas contribuciones “un largo viaje a si mismo”. ¿Inactualidad la de éste género, a partir del cual se han organizado las culturas nacionales, las cuestiones relativas a la identidad cultural y política, el despertar de la intelligentsia y la construcción de la nación? Porque el Perú no giró sobre los aportes de una novela, ni siquiera de la indigenista, sino de *Los siete ensayos*.. de José Carlos Mariátegui, y ello, a lo largo de decenios.

En México, la conciencia de sí va a elaborarse a partir de la meditación desencadenada por *El laberinto de la soledad*. Aunque a su vez, el propio Paz, como no lo ocultó nunca, y lo saben los mexicanos, tiene como antecedente a parte de los filósofos, José Gaos, Eduardo Nicol, Caso y Vasconcelos, a Henríquez Ureña, sus *Seis ensayos de busca de nuestra expresión* que es de 1945; a Samuel Ramos quien había sostenido “la filosofía tiene historia”, a la gente del grupo Hisperión, a Samuel Ramos, quien había abordado audazmente en *El perfil del hombre y la cultura en México* el tema del “pelado”, el machismo, el retruicano; a Emilio Uranga, otro antecedente, sus *Ensayos de una ontología del mexicano*, justo un año antes de la edición del célebre ensayo de Octavio Paz, y sin duda el existencialista Luis Villorio quien había sostenido que ser mexicano “era una manera de vivir” preparando de alguna manera *El laberinto de la soledad*. El salto dialéctico lo da Paz, el mexicano y la mexicanidad definidos como ruptura y negación, como búsqueda, como voluntad de trascender a ese estado de exilio.

Entendámonos, no propongo la infalibilidad de uno u otro magisterio, sin duda la abierta discusión, pero que no quepa la menor duda: es el ensayo quien instituye la centralidad de sus autores en la vida intelectual y creativa de cada país, y dado el carácter marcadamente interdisciplinario del “no género”, su modalidad consiste en no tener una, lo que le permite, en el tramado mismo de un texto de ensayo, tejer vínculos entre cultura, arte, historia, conocimiento real e intuitivo de la realidad social y del mundo. Pienso en *Guatemala, las líneas de su mano* de Cardoza y Aragón, el más bello y justo libro escrito sobre la tragedia de aquel país. Centralidad es la imposibilidad de pensar Cuba sin Martí. Ni la Argentina sin Martínez Estrada. Obras en prosa, que han sido para las respectivas culturas nacionales lo que curiosamente Ortega y Gasset esperaba para España del aporte de su generación “Una magnífica voluntad de mediodía”.

Centralidad y, en consecuencia, seamos modestos, dificultad que se presenta en el momento de su examen. Cada época aporta con su lote de ensayistas, cada corriente ideológica y política. Cada generación trae consigo su propia temática. Y al socaire de nuevos vientos y preocupaciones, cada ensayista inventa su propia expresión. El estudio país por país no arregla mucho las cosas. Tras cada nación,

Bolivia, Chile o Perú, hay un enjambre de ensayistas. Quienes han emprendido la tarea de seleccionar textos por país, conocen el mayor de los peligros, el de la dispersión. Al interior de cada cultura nacional, lo que unos y otros entienden por prosa de ensayo, difiere enormemente. Poco hay de común entre el célebre libro de viajero de Subercasaux, *Chile, o una loca geografía* y las crónicas sentimentales de Pablo Neruda sobre Valparaíso, todo los separa, salvo el común amor “al pequeño país frío”. Se me dirá, algo parecido o peor ocurre en las antologías de la poesía o del relato. Sin duda, salvo la fluidez del género. Como en los metales, hay algunos más inestables. El ensayo tiene menos normas. A veces, abusivamente, los antólogos recogen artículos de periódico, discursos, biografías, cartas privadas. Por ejemplo, las del uruguayo José Enrique Rodó al español Rafael Altamira.

Todo intento de clasificación se enfrenta a la función binaria del ensayismo. Supongamos, pues, que dispongamos de un hilera de textos en prosa, los más decisivos, aquellos que han influido en el curso de los acontecimientos o que los resumen, desde las *Cartas de Bolívar* al *Diario* del “che” Guevara. Supongamos que reunimos de la misma manera, en el tiempo, textos en prosa por el valor de su temática y la calidad de su prosa. Con toda seguridad descubriremos que ambas selecciones se reúnen en una sola, la de los ensayos americanos. La función binaria alimenta tanto la historia de las ideas como la evolución de la expresión literaria. Es pensamiento y es estilística. Y de una y otra manera, expresión de la “intelligentsia”. Ahora bien, la limitación proviene también de la incomplitud de ambas materias. Hace muy poco, Leopoldo Zea decía que una panorama general de las ideas latinoamericanas no será posible hasta que no se hayan concluido estudios nacionales, que faltan. Emir Rodríguez Monegal apuntaba que los trabajos sobre el ensayo han cuestionado rara vez su morfología, atraídos por su temática. Podemos imaginar la silueta de ese edificio crítico, señalar las canteras, trazar su bosquejo, pero faltan las piedras para la construcción masiva.

La inteligencia americana. Tres ritmos

El mayor reproche al ensayo, y también a filósofos, sociólogos de la América latina, a los ocupados en la tarea de pensar en este lado del mundo, consiste en señalar que han seguido o repetido las grandes modas europeas y luego norteamericanas. El argumento siempre me intrigó por dos razones. Su provincialidad: se nota que los que lo esgrimen no conocen la historia de las ideas en otros ámbitos y civilizaciones. Hace poco se publicó en París, un trabajo de Yves-Marie Allieux,

que recoge los trabajos de Tanizaki Junichoró, Kobayashi Hideo, Dazai Osamu, Sakaguchio Ango, es decir, los pensadores de la modernidad del Japón, desde 1887 hasta nuestros días. Desde los primeros ensayos de estos hombres, sobre la vida interior, el caos de su sociedad, los orígenes de la civilización japonesa y otros escritos memorables, que el profesor francés traduce para conocimiento de los occidentales, en ningún momento se pone en cuestión que los dichos escritores japoneses, desde el alba de la revolución industrial en el conjunto de islas que constituye su admirable país, a el día de hoy, la obra de pensar en el Japón no ha sido sino un largo diálogo, una confrontación incesante con las influencias europeas, desde la lección de Kant a los retos de la democracia o la lógica del capitalismo, y esto, con un fondo de costumbres y comportamientos propios a ellos, a los japoneses (*Cent ans de pensée au Japon*, éditions Philippe Picquier, 1996). La palabra adaptación no aparece con el agravante con la que se usa para un proceso ostensiblemente semejante en Latinoamérica, para el Japón no es injuria, ni se dice nunca como plagio sino como recreación. No quiero seguir con esta argumentación, por obvia. Los mismos europeos reconocen hoy, que lo que se llama Europa, la cultura europea, es también una cultura mestizada de influencias griegas, celtas, romanas, cristianas y paganas, bien digeridas.

Cierto, sufrieron o sufrimos todos de influencias, el tema es como fueron procesadas. La recepción americana, ese es el capítulo, vasto por cierto, desde que un oscuro hijo de conquistador y princesa cuzqueña aprendió a escribir en el español del siglo de oro y a razonar como un renacentista, llamado Gómez Suárez de Figueroa, más conocido por el nombre que adoptó, libertades del siglo XVI, primer exiliado de Indias, un tal Garcilaso de la Vega, llamado por sus amigos eruditos, Inca. Todo el resto, pueden creerme, hasta Vallejo y Vargas Llosa es adaptación y metamorfosis. No siempre por cierto feliz como en estos señalados casos.

Invito, pues, en lo que concierne al ensayo que piensa, a seguir ese proceso intelectual y de escritura como una recontextualización americana de los grandes sistemas filosóficos que los inspiraban, bajo una fórmula compleja: con Europa y también contra Europa. La compleja pasión de los ensayistas, ese deseo de construir una respuesta válida a despecho de las circunstancias, no podría haberse operado si desde fines del XIX, el ensayo no guardara una relación particular con la experiencia humana. Tomo la idea establecida por Gaëtan Picon, “a diferencia del filósofo que intenta despegar y objetividad, la actitud del ensayista es la de complicidad”. El ensayo acuerda la literatura con la vida, y dado que no tiene la ilusión de la imaginación, no le queda más remedio que la proximidad

con la experiencia inmediata. ¿Es esta la contaminación con su tiempo y con los hombres, que espanta a los letrados? Si esta aserción es justa, entonces, se nos allana el camino. A veces contra la historia, contra la fatalidad, el intelectual ha sido el gonfalonero de las pasiones políticas, acaso en la América latina con tanto uso y abuso que en otros mundos. Y en las derrotas, que no han faltado, a la hora de los hornos y cuando se han cerrado las alamedas de la libertad, en la noche oscura de la tiranía, como la novela, su hermana de duelos, el género ha servido de paño de lágrimas y de confesionario. Todo esta ahí, el dolor y la alegría, en un puñado de textos.

¿Cuándo comienza esta lucidez, ese jadeo? Acaso cuando desde los marcos de la literatura, se perfilan preocupaciones por la identidad y la descolonización que sobrepasan a la misma literatura, y arranca el diálogo entre Ariel y Calibán, la inquietud por la “otredad”.³⁴ Es decir, a partir de Rodó, y su vasta progenie, incluyendo la apuesta por Calibán del cubano Fernández Retamar. Sarmiento había pensado que ese otro que impedía la civilización, era Facundo, el mal se encarnaba en su “colera de fiera”, en “la melena de renegrecidos y ensortijados cabellos”, en la mirada de puñal del señor del desierto, el general Facundo Quiroga. La idea de que la barbarie también estaba afuera, en el poder externo, tardó en llegar. Para llegar a Martí, las naciones poscoloniales de la América Latina atraviesan un siglo de caudillos y guerras intestinas, arrojándose a la cara mutuas responsabilidades, hasta que algunos comenzaron a mirar más allá de sus fronteras, allende sus oligarquías, hacia la estrella ascendente de la Unión americana. Modelo con Sarmiento, acícate y dolor, curiosidad y lucidez desde José Martí.

Fin de siglo. Un siglo se había ido, dilapidado en turbulencias sin mañana. El nuevo siglo, en cambio, era festejado en Europa con los fastos de la Exposición Universal de París, la electricidad, la telegrafía sin hilos, las rápidas locomotoras, y pronto, antes de 1914, los primeros automóviles y aeroplanos. Desde 1915, los puertos del Pacífico sur, del Callao a Valparaíso, quedan unidos a los puertos del este de los Estados Unidos, acortándose la travesía de los grandes paquebotes hacia Europa. En aquellos barcos de quimera no iban sólo familias linajudas enteras, y la numerosa servidumbre, a desperdiciar en los casinos y balnearios de la riviéra francesa el capital amasado con el sudor de negros y de indios, o de blancos pobres como en la Argentina de la gran migración, sino, escritores y artistas, jóvenes ávidos de beber en las nuevas fuentes del saber humano. En

³⁴ Fernández Retamar, Roberto. “Todo Calibán”, *Milenio* nº 3, Argentina, 1995.

el escaparate de la modernidad occidental se lucían maquinaria y cañones pero también nuevos gustos e ideas: modernismo, futurismo. Muchos de esos ismos fineseculares, hicieron el viaje de retorno. Fueron a clavarse en las más recónditas universidades, en la aldeana cabeza de muchos. Para los que no eran del viaje, estaban las revistas, el cable, la conversación, las otras formas del contagio.

No es ocioso recordar que la naciente *intelligentsia* se contagió de fiebres intelectuales venidas de Europa. Hoy nos parece casi innecesario ese contacto. En aquellos momentos, tuvo una función perturbadora. Era a la vez, alienación y liberación. Mariátegui, que viene veinte años después de esas fiebres de fin de siglo, lo entendió, “no hay salvación sin Europa”. Había asistido a la rebelión de la generación anterior. Otra cosa es que aquella le pareciera insuficiente.

Confuso europeísmo, agitación por la llegada de un nuevo siglo, *intelligentsia* la del novecientos de talante cosmopolita, el positivismo ya venía ocupando un lugar central en el movimiento de ideas y actitudes, luego sería el turno al socialismo y al marxismo. Pero los discípulos americanos de Comte y Spencer tendrán enormes dificultades para hallar en este lado del mundo, al retorno, aquellas célebres “condiciones de existencia del progreso”. La aventura del positivismo se orientó, quizá por eso mismo, deliberadamente a la captación de las élites, un poco como lo habían emprendido los jesuitas un siglo y medio atrás (y como lo harán más tarde los marxistas). La fragmentación social de las minorías cultas, la incertidumbre sobre las vías a tomar, acaso explican el estallido de cada doctrina y sus múltiples y contradictorias tendencias. En Hispanoamericana, como la ha mostrado Leopoldo Zea, hubo un positivismo al servicio del poder, los “científicos” en México, al lado de Porfirio Díaz, “dictador modernizante”, pero otro fue el caso de los positivistas chilenos, brasileños y peruanos. Sostenía Durkheim que para el progreso eran precisas condiciones materiales como espirituales, y el sociólogo francés las definía como formas “de la conciencia colectiva”; ¿Como podía, en efecto, encontrárselas en esas naciones caóticas?

De retorno al Perú (diez años viajando con su propio peculio, y lavándose de la derrota y la ocupación chilena) a González Prada, tan crítico y a la vez tan aristócrata, le desagradó ese país en donde mandaban militares, “tigres con charreteras”, impunes después de haber perdido la guerra del Pacífico. Y primer profeta desarmado Don Manuel comenzó a imprecisar, “nada era más corrupto que un juez peruano”, donde se ponía el dedo, saltaba la pus, y en consecuencia, ante el colapso moral y social, sólo quedaba “el deber anárquico” que recomendaba vivamente en hojas panfletarias que él mismo mandaba imprimir y distribuía entre los primeros obreros anarcosindicalistas, él, rico gran señor, hacendado a quien

sus empleados rurales creían muy devoto cuando lo veían pasearse a la caída de la tarde, pensando que llevaba un misal en las manos cuando era un texto de Bakunin. Maravilloso Don Manuel, el positivismo alimentó la iconoclastía del padre fundador de las izquierdas peruanas. El caso de Prada, y de otros cuantos y necesarios energúmenos, nos mueve a decir que el balance del positivismo está por hacerse. En algunos países, fue caldo de cultivo, y sus seguidores votaron por el progreso contra el presente. Prada fue una brisa de postura laica en medio del bochorno clerical. A su manera, enterró el siglo XIX. El diecinueve americano, en efecto, no invitaba a la celebración sino al epitafio. Abundaron los exasperados. Pocas veces se ha producido una literatura de la indignación como ésta (y hoy mismo, cuando el Perú me sigue agobiando con sus inveterados vicios, vuelvo a leer a Prada, y me dan ganas de incendiarlo todo).

Después del moralismo de un Montalvo y un Hostos, “ante la podredumbre política y la desastrosa historia”, son los días de *Un pueblo enfermo* (1906) del boliviano Alcides Arguedas. En cada país aparecieron moralistas, periodistas, ensayistas, para el arreglo de cuentas. Una ola de pesimismo se abatió sobre la *intelligenstia* finesecular, de la que no la extrajo ni la religión del progreso inoculado por el virus positivista. Había transcurrido un siglo de vida republicana, aunque la primera centuria se cumplía dos decenios más tarde, ya se echaban las cuentas, la cuenta de los años es mágica. Y los fines de siglo, es sabido, invitan a esfuerzos de introspección, por lo general dolorosos. Fue un enjuiciamiento de escritores, más que de partidos políticos, todavía en ciernes aun en las repúblicas más avanzadas. La obra de elites intelectuales, de una “inteligencia flotante”, peligrosamente libre y desencarnada para el orden constituido, si recuperamos la fecunda hipótesis de Karl Mannheim, que es de 1926.

El caso es que da la impresión que un tribunal de pensadores pone en el banquillo de acusados por vez primera a las clases dominantes. La requisitoria al primer siglo de administración republicano es política e histórica, pero sobre todo filosófica y moral. No extienden crédito a los que gobiernan. Frente al siglo que se inicia, sospechan que no podrá enfrentar las tareas del incierto porvenir. Balance del pasado, censura y recusación de la clase dirigente (o mejor, de su ausencia), inquietud por los tiempos venideros, pero también, duda sobre sí mismos. He aquí, en pocas líneas, lo esencial de ese vasto movimiento que no es sólo de ideas, sino de actitudes, y de contradictorias creencias. Se afirmaba la fe en América, pero a la vez asoman los recónditos descreimientos, las vastas desilusiones. El alma criolla pasaba del XVIII ilustrado e independentista al humillado fin de siglo, del valer mucho al “no valer nada”.

No sólo se ha arado en el mar, piensan, sino que a nada sirve la autonomía política. “En la orgía de la época independiente, nuestros antepasados bebieron el vino generoso y dejaron las heces (Manuel González Prada). “¿Caudillos y tiranos? Es lo único que hemos logrado” señala el argentino Leopoldo Lugones. No hemos progresado, no hemos mejorado, hemos empeorado, se repiten. Se teme el porvenir, al gran vecino, y el poeta Rubén Darío se pregunta “¿tantos hombres, hablaremos el inglés?”. El novecientos hay que comprenderlo como la hora del amargo y colérico examen de conciencia. “La República Argentina es una colonia. Pero la colonia muerta de la que hablaba Marx”(el argentino J.B. Justo). “No hemos ido hasta el fondo. No hemos cortado con el pasado español. Parricidas a medias”(Manuel Ugarte). Esa metralla de ideas prepara el asalto a la razón burguesa de Mariátegui, que es posterior, y a la prédica antiimperialista de Haya de la Torre.

Del novecientos proviene, me atrevo a sostener, las primeras síntesis sociológicas y también, paradójicamente, la reacción espiritualista que no cree en los censos ni en las estadísticas, sino en el panfletismo moralizante que era común en esa hora americana. No siempre acertaron, la lista de sus imprecisiones e incluso, pese su negro profetismo, de lo que los sorprende, es muy larga. Creyeron que podían instalarse las instituciones europeas sin mayor trámite que el entierro solemne de los caudillos, y los atrapa, por los años treinta, el retorno del sable. Algo peor, las dictaduras militares científicas. No estaban demasiado preparados para la crítica a la cultura exterior, la europea, acaso porque los propios europeos no sospechaban su declive y la gran carnicería de 1914-1918. Otorgaban la maestría de la civilización a los modelos lejanos, y el redescubrimiento de la América indígena y negra se retarda por el plazo de una o dos generaciones.

Pero resulta claro que entre 1890 y 1930 en la América Latina, con ritmos y aceleraciones distintas, lo que se abre paso es la temática nacional, la búsqueda del carácter, un esfuerzo de síntesis, el cual prepara un análisis más minucioso de la realidad que otras generaciones emprenderán con posterioridad. Se puede por eso decir que en ese lapso, asistimos a la emergencia de una *intelligentsia* crítica, en su sentido sociológico, autoconstituida en tribunal público. Se trata de un instante fundador de la autoconciencia americana, tras una reflexión que no se quiere nacional sino continental. Rodó piensa para algo más que las fronteras uruguayas. Es aquel, un dilatado resurgimiento intelectual, una vasta mirada crítica, por varias razones sorprendente, por ejemplo, no conocen límites precisos: temas socioeconómicos, políticos, pero igual lo invisible y lo imaginario; pasan a criba el tema de las razas, la herencia española, las relaciones con los Estados Unidos, la propiedad, la universidad, la cuestión social y obrera.

El temprano enjuiciamiento se sirve del ensayo, y se afianza en los años veinte. Será entonces la hora de “los maestros de la juventud”, los encontrarán en Rodó, Martí, Ingenieros. Es la hora también del reclamo de “profesores de energía” la fórmula es de Francisco García Calderón. Buscan ejemplares de hombres, entre guerreros y maestros, los buscan si es preciso, en el ejemplo de la revolución mexicana de 1910 y luego gracias a los diarios, el cable, el ruido de un mundo en guerra, en la revolución bolchevique de 1917. Es una hora general de inconformismo. Se preocupan por “la magna patria”, es decir, el continente entero, y pronto, por “los hombres magistrales”, por el estudiante revolucionario, que con la metamorfosis del intelectual en vanguardia, ocupará el centro de la escena histórica, raíz de un liderazgo populista con toda su carga de impureza y de torrentada popular, durante decenios, para el gran bien y el gran mal de la escena misma, como hoy lo sabemos. Creen, hay que decirlo, en la idea de cultura continental que es una, y de alguna manera todo fluye hacia el movimiento de la Reforma universitaria de 1918, otro contagio continental, a la aparición de otra generación intelectual, a decisivos cambios de temática. Pero no dejemos de decirlo: a una generación de ensayistas fineseculares, sigue otra. De un parricidio a otro. Hacia los años treinta, Luis A. Sánchez les arregla las cuentas a los que le precedieron: *Balance y liquidación del 900*. Les venía como un guante el clima de inconformismo y un cierto aire de juvenilismo que invadió el mundo.

El segundo ritmo gira son los años treinta. Después de los alegres años veinte, la inquieta postguerra, y lo que va a pasar en la América Latina a raíz de la crisis financiera de 1929. Dos tiempos, y 1930, como un arrecife entre dos aguas.

De los años veinte conviene decir algo más, son años decisivos. Unas minorías rebeldes, unas elites descontentas, las vanguardias, llegan a comprender lo que pasaba en el mundo, y no solamente en cada uno de sus países, y de ello saldrá un estado de conciencia que se prolonga a lo largo de decenios. Europa era frágil —razonan— el modelo de vida que habían exaltado los novecentistas e imitado la clase dirigente, producía masacres, su propia e increíble barbarie. Y como lo clamaban al cielo los mismos intelectuales europeos, “las civilizaciones eran mortales”. El hervor intelectual y estético de los años veinte no sólo es contagio. La conciencia europea, ante el horror de la guerra, reaccionó desacreditando instituciones y hábitos mentales, todo aquello que había conducido al infierno de las trincheras. Surrealismo, cubismo, dadaísmo, los “ismos” disolventes de la moral burguesa venían a tiempo, para desacreditar el orden oligárquico sudamericano y sus valores. Se entiende el conflicto de los intelectuales contra la Iglesia católica de entonces, contra la ñoñez ambiente.

Ahora bien, lo que entre europeos fue una subversión de vanguardias y proletariado industrial, en la América Latina se combina: capas sociales enteras cuyos representantes, por lo general jóvenes, estudiantes y dirigentes obreros, subían, como dicen los venezolanos “tumbando y capando”. Lo de generación rebelde no fue un mito. Los más lúcidos comprendieron también que en adelante el problema no sería el colonialismo europeo sino el peso económico y político de los Estados Unidos. Y la respuesta brutal y local a favor de regímenes de fuerza. Salvo en uno que otro país, como la Argentina, donde Irigoyen acomodó la inmigración y las capas medias a una democracia conservadora, la respuesta al ascenso de nuevos actores fueron dictaduras, no siempre militares, civiles como la de Leguía en el Perú. La crisis financiera de los 30, va a acrecentar el apego de las oligarquías a regímenes de fuerza. Es entonces, y no antes, el retorno de caudillos sanguinarios, es la fiesta del Chivo por decenios.

Los años treinta (un eufemismo para señalar lo que se extendió hasta los cuarenta y cincuenta) fueron simplemente atroces. Pocos países conocieron la paz social, y menos la democracia. Salvo México, donde concluía la fase armada de su gran revolución y se daba comienzo a regímenes de distribución, desde el “taita” Cárdenas en adelante, a ese caminar de “presidencia imperial” de la que habla Enrique Krause en nuestros días. Pero no todo era México, en los demás países hubo retroceso social, rapiña de grandes empresas extranjeras (generalmente norteamericanas) y opíparas oligarquías de la mano con sangrientos militares. Fue un prolongado horror, en España se hundía la República, avanzaba el fascismo y el mundo industrial se preparaba para una nueva carnicería. En las cárceles latinoamericanas se destrozó y masacró a placer, el mundo civilizado estaba por entonces muy ocupado en su propia barbarie interna, sus variados totalitarismos, y de este manera, para los presos políticos y los intelectuales torturados, en aquellos decenios, no hubo ni Amnistía Internacional ni Derechos Humanos. Nuestras respectivas historias nacionales hacen mucho más que callar púdicamente esos veinte o treinta años de despotismo sin bochorno, y mienten sobre ese prolongado reino de la noche, y es hora de ir diciendo las cosas.

Naturalmente, el espíritu también sufrió. Reparemos, sin gran esfuerzo, que la mayoría de los escritores de esos años, son escritores del exilio. Pablo Neruda, igual cónsul a rato como perseguido político. Vallejo prefiere morir de hambre en París, con aguacero o no, antes que lo despedacen en una prisión limeña. Mariano Picón Salas se había ya exilado en Chile, como lo explica con la encantadora prosa que es la suya. Luis A. Sánchez, cuya virtud y cruz era ser un aprista revolucionario, vendió varias veces su biblioteca de erudito para poder

vivir, mientras las universidades norteamericanas, en cruel ironía, le abrían las puertas, siendo un mentor del antiimperialismo. Cardoza y Aragón halla en México una patria, para entrar a la suya, a Guatemala, años después, con las armas en la mano. Salvo el caso de los intelectuales mexicanos, la *"intelligensia"* rara vez fue respetada. Mucho se puede decir, de bueno y de malo, del particular pacto entre Estado, inteligencia y partido que caracteriza a México en el correr del siglo veinte, a condición que aun en sus peores extremos, de clientelismo y mutua manipulación, fue incomparablemente mejor que lo que ofrecían otros Estados de la América que habla castellano. No seamos mezquinos, y no es ningún elogio al PRI. Admirable estabilidad, institucional y anímica, que permite a un Alfonso Reyes su vasta y amena contribución, su serenidad, su olimpismo, patente en el elogio a Goethe, a salvo como estaba de las mudanzas y apuros de sus pares. Pedro Henríquez Ureña se murió en un tren, en Río de la Plata, profesor viajante, como lo recuerda en nota llena de ternura Jorge Luis Borges (Obras completas, tomo I, p. 1129)

Por cierto, el gran Borges no escapa a ser ninguneado bibliotecario al que la dictadura peronista despojará de su modesto puesto, instándolo a convertirse en inspector de mercado de abastos. Borges no aceptó, se llevaron presas a la hermana, Norah, y a la madre, doña Leonor Acevedo Suarez. Menos mal que en 1955 los militares, que se cansaron de apoyar a Perón, lo sacan y viene el período más feliz de Borges, de 1955 a 1973, director de la Biblioteca Nacional, aunque estaba perdiendo la vista. "Nadie rebaje a lágrima o reproche, esta declaración de la maestría de Dios, que con magnífica ironía, me dio a la vez los libros y la noche". La costumbre del exilio perduró en Latinoamericana, se hizo eso, rutina y hábito, a veces sin violencia explícita. Y por buen gusto, por hartazgo de la vulgaridad, un joven argentino que se destinaba a ser profesor de letras, Julio Cortázar, prefirió ganarse la vida en el exterior como traductor en la Unesco, venciendo el hastío de un oficio alimentario con la ayuda de sus cronopios, en obra que no olvidaremos.

Patetismo de la historia íntima de la *intelligensia*. ¿Escribir en América es llorar? ¿Cómo invocar ese segundo ciclo de creatividad en la prosa, de los treinta para adelante, sin decir con franqueza que buena parte de ella se escribe fuera? Parece inocente, pero muchos ensayos del período aquí estudiado, fueron forzosamente crónicas de viaje. *Gusto de México*, *Las pequeñas naciones*, *Puerto Rico* (Mariano Picón Salas), *Turismo aconsejable*, *Calcuta* (Julio Cortázar) *Nueva York* (Cardoza y Aragón). Las dictaduras que deportaban a brazos llenos, convertían a la actividad política, a veces la más insípida, en una suerte de aventura y fi-

nalmente en turismo forzado. Y no hablemos de Cuba, la de los días del feroz Machado. No todo el mundo, en esa obligada visita a otros mundos, por lo general mejor provistos para el trabajo intelectual, salía perdiendo. Reconoce Miguel Ángel Asturias que en Europa, donde permanece entre 1924 y 1933, redescubre Guatemala entre etnólogos franceses que leían de corrido el *Popol Vuh* y pintores y artistas surrealistas. Qué intelectual aldeano hubiese hecho el muy culto Alejo Carpentier, de no contar, además del padre francés y la madre rusa, con las iras del dictador de turno y la inevitable huida a París, ocasión para renovar su pasión por la música y el arte, o de irse a Venezuela como periodista, para descubrir el Orinoco, el suyo, raíz de lo que vendría a ser *Los pasos perdidos*. El destierro era una aventura estética e intelectual, y con frecuencia, ética, moral. Solían encontrarse los intelectuales descontentos con otros descontentos, venidos de los sindicatos y partidos obreros, en las mazmorras de las dictaduras o en la cubierta de los paquebotes del destierro. Volvían a cruzarse en los hoteles baratos que se caían de viejos del barrio latino en París, en la hospitalidad momentánea de uno que otro gobierno revolucionario, como el mexicano o el soviético, en los “campus” de alguna universidad norteamericana, en las agencias de noticias, en el local de revistas célebres y hospitalarias. El exilio improvisó una suerte de itinerante escuela de altos estudios, y por el mundo entero, entre sopa de pobres y viajes inesperados, los creadores en uno y otro género, aprendieron a conocerse. Que nadie se sorprenda que mucho más tarde, cuando las aguas se calmaron, y los que no se perdieron para siempre en la diáspora, los que lograron volver, era fácil darse de bruces con líderes políticos, extremadamente cultos y viajados, e intelectuales que con los años llegaban a volverse mandarines, pero a los que no era preciso explicarles la urgencia de la cuestión social ni la necesidad de cambios radicales.

La tercera ola (nada que ver con Alvin Toffler) comienza en los sesenta y dura hasta los noventa. Un comienzo que se puede fijar, sin que las fronteras cronológicas sean muy precisas, desde el fin de la segunda guerra mundial, las peripecias del crecimiento entre 1945 y 1982 (hasta la gran crisis de la deuda externa) y los azares políticos, el vaivén entre dictaduras militares (esta vez, tecnodictaduras, Chile, Brasil, Uruguay, Argentina) y las idas y retornos de la democracia. Más claramente, este período se encierra entre dos fechas decisivas, la toma de la Habana por los revolucionarios cubanos y 1989, es decir, el fin del comunismo, la caída del muro de Berlín, la desaparición de la Unión Soviética. De los 60 a los 90 el mundo está marcado por la guerra fría, y la América Latina obviamente. Es un tiempo de posturas políticas extremas. Los gobiernos democráticos y

parlamentarios tienen la vida breve; interrumpidos por dictaduras militares, la situación no es sin embargo, únicamente un vaivén entre el sable y las imprecisas urnas, es también un gran desorden. Y tampoco el poder que sale de los tanques es muy longevo. Como hay golpes de Estado contra presidentes civiles, los hay entre espadones. Bolivia es un ejemplo, sin que sus vecinos puedan sonreír demasiado, y el sociólogo boliviano René Zavaleta, le escuché decir, en el curso de una conferencia en México, que el golpe de Estado era, con toda probabilidad, el único arte que los bolivianos habían llevado hasta la perfección. En este período se inscribe la revolución cubana, la enorme expectativa que levantó, la guerra de guerrillas en otros países de la región, pero también, los anticuerpos que produjo, el peso del Pentágono americano, los gobiernos pretorianos, la contrainsurrección. Un mundo de ilusiones que se fueron para no volver, como las golondrinas del poema.

Dos palabras sobre la evolución durante estos decenios, de las sociedades latinoamericanas. Se tomó conciencia del retardo, se le llamó desde los años cincuenta subdesarrollo, no sin razón. Pero aquel sistema de dependencia que desaparece en los años ochenta víctima de sus excesos (para ser substituido por otros mecanismos de dominación externo) no era inmóvil. En otras palabras, la economía de la región creció durante un buen medio siglo. Fue un crecimiento modesto, no tan alto como el de la recuperación europea o japonesa, pero la América Latina conoció mitigadamente “sus treinta gloriosas”. Hoy los economistas se ponen de acuerdo que fueron algo más de cincuenta años de continua expansión. Como lo señala Alain Touraine, la América Latina alcanzaba —antes de la crisis— en algunos cuantos países, Argentina, Uruguay, Chile y Costa Rica, niveles europeos en salud y educación. Un continente entero, con los matices del caso por país y a veces por región, se industrializa, se urbaniza, se alfabetiza. Le han llamado los sociólogos a esto un horizonte de modernización. Surgieron nuevas capas medias y populares, más gente accedió al libro y a las *mass media*. Y crecieron, enormemente, las ciudades, lo cual, puede ser leído desde un punto de vista miserabilista, creció la marginalidad urbana, la cultura de la pobreza, o visto con algún realismo, en las capitales surgía una cultura popular, acaso, en el mosaico de etnias y de estilos, culturas nacionales afirmadas en la heterogeneidad social.

El enjuiciamiento de ese período está muy castigado por el discurso dominante actual, el neoliberalismo. Forzosamente, un período marcado en la economía por el Estado interventor, la sustitución de importaciones, los populismos, ofrece serios flancos críticos. Cuando los ánimos se serenেন, podremos apreciar mejor aquel

pasado inmediato. Basta por ahora decir que sociedades cambiaron con prisa en esos treinta años, a veces, a través de fenómenos espontáneos como la aparición de la economía informal, o la emigración. Con más rapidez que los gobiernos. Y a veces, de manera que sorprendió a los estados mayores de los partidos, a las mismas vanguardias, a todo el mundo. ¿Qué pronóstico político o científico imaginó la gran migración andina en Perú? ¿A quién se le pudo ocurrir que en Chiapas iba a aparecer la guerrilla zapatista? ¿Quién pudo prever el fenómeno Fujimori o Menem? ¿O el pospinochetismo? La España del posfranquismo fue la madre de las sorpresas, pero en el orbe ibérico hubo otras. Hay una historia y unas ciencias sociales que no se reponen de esos sustos.

Largo preámbulo para situar, con algún realismo, los cambios en el lugar social del intelectual y la aparición de nuevos centros de interés. Más número de universitarios, de graduados, más diarios, revistas, medios de comunicación, centros de investigación. Más oportunidades de estudiar en el extranjero, y el viaje hacia los Estados Unidos o Europa dejó de adquirir el aspecto mítico que tuvo en los años veinte, de leyenda pasó a tener un uso bastante corriente. Con las enormes urbes, en el hervidero de las vastas, interminables capitales, crecieron los tirajes, se masificó la literatura. Las letras, en general, dejaron de tener pocos lectores. Y aunque el “boom” de la narrativa fue un asunto de casas editoriales españolas, en realidad la nueva realidad económica y social, sin ser una maravilla, ni alcanzar a los países industrializados (la América Latina seguía siendo, lo que llamó Touraine, con acierto, “una clase media del mundo”) permitía que aparecieran los escritores profesionales, los que podían vivir de escribir, ese modelo tan Flaubert, tan decimonónico, el admirado hombre de letras. Como confesó alguna vez Mario Vargas Llosa que ser escritor, para él, es levantarse temprano, cepillarse los dientes y sentarse ante la máquina de escribir. Disciplina, obsesión literaria.

No hay tiempo, en los límites de éstas páginas, para ahondar la significación social que encierra la profesionalización del escritor. Conviene decir, tentativamente, que está acompañada por la profesionalización del revolucionario, como si las funciones que acaparara en el pasado la “*intelligentsia*”, el poder espiritual y también la encarnación de los carismas, se diluyera. Al lado de los escritores a tiempo completo aparecen los guerreros a tiempo completo, el Che Guevara por ejemplo. Cuando cae, muchos se dijeron, si él no puede, entonces nadie. La entrega total, apasionada que caracterizó la época del intelectual mesiánico, no desaparece, se atenúa. Muchos adoptaron el criterio del “compromiso” tomado de los franceses, lo que a veces no iba más lejos que “los abajo firmantes”. Ciertamente,

todavía toman el camino de la errancia un número inmenso, indeterminado y trágico de intelectuales chilenos, argentinos (los desaparecidos) brasileños, pero aun en esta nueva diáspora, las ausencias se acortaron, los retornos se hicieron posibles, sin duda a países irreconocibles por los cambios operados, pero eso es otra historia. Retorno que no se efectuaban para tomar el poder, y menos, con el fusil en la mano.

Entre los sesenta y los noventa ¡qué de nuevas temáticas! El conflicto de las superpotencias, la rivalidad URSS y americana, llevaron a muchos a examinar la posibilidad del no alineamiento, y en consecuencia, a interesarse por sociedad africanas y asiáticas, por lo que se llamó el Tercer Mundo. De este período data la Teoría de la Dependencia, la Teología de la Liberación. Y la invención en la narrativa, en particular en la novela, de unas formas paródicas e irónicas. Esa “invención de la realidad”, la idea es del profesor y crítico José Miguel Oviedo, peruano radicado para siempre en universidades de New York, se hace a desmedro de las formas de la novela costumbrista y realista, de los clasicismos. La realidad, irracional y arbitraria, solicitaba otra narrativa, no sólo mágica, sino feroz, a varias voces y dimensiones. ¿Cuál fue la ruptura en el campo de la ensayística?

Sólo muy recientemente, el ensayo acude también a la desintegración del lenguaje tradicional (Carlos Monsivais, Héctor Libertella). Sus ambiciones fueron muchas, pero la forma permaneció paradójicamente conservadora. No se perdió ni el subjetivismo ni el tono personal, menos la intención de convencer seduciendo, pero dejaban de interesar, curiosamente, los grandes espacios, la naturaleza o el paisaje, para fijarse la atención en la ciudad, sus enormes desafíos, algo que también hizo la narrativa. La crítica a la sociedad, ahondó, servida por los avances de las ciencias sociales, en aspectos más precisos, entendiéndose que esas sociedades alienadas y periféricas, tenían estructuras de clases y culturas diferentes a las de otras sociedades dominadas por el capitalismo mundial. El indio, los negros, lo popular, dejaron de ser reivindicaciones morales para ingresar a precisiones y demandas concretas. Pero quizá lo más interesante es la sospecha —temprana— de la modernidad capitalista.

El concepto de modernidad se ha echado a rodar en nuestros días, en particular después del triunfo del oeste capitalista ante el este comunista. Y cuando apoya al capitalismo nómada, una nueva utopía transnacional. En efecto, la mundialización, a la que llama Wallenstein simplemente “el sistema”, se extiende planetariamente. Pero ese nuevo debate sobre racionalidad e irracionalidad, mercado y paganismo del consumo sin límites, amanece en muchos de nuestros ensayistas mucho antes que se apodere del horizonte intelectual del fin de siglo.

No es el llamado un tanto arcaico a posturas elitarias ante el materialismo yanqui a la manera de Rodó, es otra cosa. Hay una sospecha del progreso en crónicas del argentino Ernesto Sábato, que son de 1970 (*La rebelión del hombre*) De Cortázar sobre la miseria como correlato de la riqueza de los otros (efectos perversos, dirán hoy) En Sebastián Salazar Bondy, en crónica aparentemente alejada de estas consideraciones generales y muy fin de siglo, una crónica sobre las mujeres limeñas, en la que habla de “una modernidad de ir de compras”. Y se hace patente en el mexicano Zaid, cuando se divierte mostrando que podíamos vivir mejor de poseer menos cosas y trabajando menos, y como propuesta maneja el modo de vida de los recolectores y cazadores de Australia (*Lecciones de la edad de piedra*, 1975) Los ensayistas no esperaron los aldabonazos del destino sobre el modo de producción industrial, hoy en crisis, para anticiparse. Fueron ellos, “la tercera ola”.

La poética del ensayo

La poética es un procedimiento interno, una hermenéutica, y puede referirse a toda forma de conocimiento humano. Como preocupación concierne el conjunto de las ciencias sociales y humanas que buscan, desde hace un siglo, como constituirse en ciencias a través de un discurso propio a cada disciplina. Un discurso —podemos generalizar— que se sustraiga a la literatura, con el fin de darse un estatuto de ciencia.³⁵ Ahora bien, la ensayística, en cualquier lengua, ejerce sobre el estilo, una actitud que va exactamente en el sentido contrario, es decir, a la vez que intenta darse un estatuto en el conocer humano, no renuncia a los procedimientos literarios. No se aparta del arte, se mantiene. Es arte. Es paradoja.

¿Qué procedimientos? Escapa al plan de este trabajo el análisis de los tropos o recursos retóricos que permiten la excepción de quedarse en el campo literario mientras se construye un pensamiento. Sería útil hacer visible el uso de los verbos en presente o en pasado, el de los tópicos, las alegorías y los elipsis, en suma, la estilística, y acaso, autor por autor. Pero entonces estaríamos en el Tratado sobre la prosa latinoamericana, un contrasentido a la idea misma de un ensayo sobre el

³⁵ Ruano-Borbolan, Jean Claude. “Enjeux et débats”, *Sciences Humaines*, n° 18, septembre-octobre 1997, Paris.

ensayo; puede intentarse pero fuera de estas páginas. Propongo, en nombre de la brevedad, los grandes ejes. Uno de ellos, entre los más solicitados, la posibilidad, en la prosa, del lirismo.

Ante el paisaje, subjetividad pura. “Aquí el hombre del sexto día de la creación contempla el paisaje que le es dado por solar”. Alejo Carpentier descubre la visión de América ante la Gran Sabana. “Nada de evocación literaria. Nada de mitos encuadrados por el alejandrino domados por la batuta. Es el mundo del Génesis que halla mejor su expresión en el lenguaje americano del Popol Vuh que en los versículos hebraicos de la Biblia: en un principio [¡qué admirable precisión poética!] no había nada que formase cuerpo, nada que asiese a otra cosa, nada que se meciese, que hiciese el más leve roce, que hiciese el menor ruido en el cielo”. No podría imaginarse ninguna descripción más ajustada, por misteriosas asociaciones de palabras, a lo que es la Gran Sabana, que ese cuadro quiché de la Creación. Algo de cangrejos tienen, en efecto, algunas mesetas menores, de lomo redondeado y tenazas abiertas sobre la tierra; algo de cangrejos aparecidos sobre las aguas primeras, sobre “los caminos de agua” que son los doscientos ochenta ríos de ese mundo perdido, sobre “el agua parada” de las cascadas incontables que brotan de los genésicos manantiales de las Montañas Madres” (*Crónicas*, t. II, La Habana, 1976, pp. 251- 256)

Para Carpentier, antes de ser novela, ese paisaje es “revelación de las formas”. Se trata de una esencialidad, de algo que no se modifica, no es el paisaje de los geógrafos y la ciencia, sino del soñador y la especulación. Como el célebre pasaje de Alfonso Reyes, su *Palinodia del polvo*, el paisaje de la meseta mexicana queda fijado en nota intemporal, “¿Es ésta la región más transparente del aire? ¿Qué habéis hecho, entonces, de mi alto valle metafísico?” (México, 1940) Los ensayistas han sido los viajeros filosóficos del siglo veinte latino- americano, como si, dos siglos más tarde, hubiesen redescubierto los placeres de la excursión romántica. Todas las sorpresas están entonces permitidas, como las de un Miguel Ángel Asturias, hombre de un país indio, Guatemala, cuando redescubre otro país indio, Bolivia. “Agua mineral. Otros lagos americanos tienen aguas vegetales. El Sol lo sabe. Y no es un astro, sino una fundición en el poniente”. Se ha plantado nuestro viajero ante el Lago Titicaca. “Agua con el frío y las luces de la piedra preciosa. Sorprende su dulzura. Agua en la que las corazas españolas de los conquistadores de los imperios incaicos, no se han herrumbrado. Y eso que ya tienen siglos de estar sepultadas en su vaso profundo”.

Asturias invoca una lección de historia viva como el agua misma. “Cerrad vuestros libros de historia. Yo vi bajar, mientras caía el sol, las sombras de los

conquistadores ferrados en busca de la ciudad de oro que ocultan las aguas de este lago-mar-dulce de los Andes. Venían conmigo de las altas soledades y palpábamos, sin quemarse, pero incendiadas por el sol, barcas que más parecían cabelleras de mujeres trenzadas, reflejos basálticos de rocas cortadas a pico, el reflejo es aquí palpable, totoras que se sacudían a cada espeluzno de la noche que avanzaba, solemne, con todos sus luceros ya listos, a través de la Puerta del Tiahuanaco, y la isla en que el hombre y la mujer, los primeros, creados por el astro que iba a morir, enloquecieron y quebraban sus bastones de oro” (“El Lago Titicaca” en, *América, fábula de fábulas*, Caracas, 1972, pp. 236-237).

Ha oído la voz del indio, cuyas manos tocan, “para llevarme al oído igual que un caracol marino, el cuenco de aquella concha con dedos, con líneas cuajadas de signos cabalísticos, menudas unas de nácar amarillento, carcomidas con pico de ave, y piel de trabajo” (Ibidem) ¿A quién escucha el argentino Ezequiel Martínez Estrada en la pampa inmensa? No aparecen gauchos ni indios, ni civilización ni barbarie en sus cavilaciones pesimistas, no es Sarmiento. El espacio sin medida es el de la nación, y es el de la angustia de las fronteras de agua y piedra que la separan de Europa como de otras naciones. La Argentina es un espacio que separa. No hay, sin embargo, una nota particular del paisaje argentino, salvo la observación de que la distancia ahoga a las naciones sudamericanas. “Ese alejamiento de infinitas características en que las repúblicas viven, disfrutando de una soberbia nominal, resta todo interés humano al espectáculo, toda curiosidad. Guerras, revoluciones, epidemias, terremotos, apenas llaman nuestra atención. No nos conocemos pero no nos comprendemos. Producimos las mismas materias primas que los demás, cumplimos la misma función de fincas suburbanas de Europa...”. Con la autonomía vino el aislamiento, ha dicho en otro pasaje. “La superficie inculta es astro”. Las fórmulas son graves, implacables, el estilo es sentencioso. “La hipoteca que las grava es el precio de la barbarie que encontraron al nacer, y la anarquía mediante la cual sólo fue posible su emancipación”. El desengaño alcanza al pasado, a las guerras de la Independencia de las que, por lo general, los argentinos se sienten tan orgullosos, como al presente, la relación con Europa, que tampoco sale bien librada. “Nos interesa Europa y estamos copiando de ella lo que ya es América allá. Un servicio telegráfico extenso vuelca todos los días en medio continente los residuos de una vida que palpita a otro ritmo y que funciona a otra temperatura. Lo nuestro no nos interesa porque aún guardamos rencor a lo que somos de verdad. Lo que el telégrafo nos trasmite es la superficie y la cáscara de los fenómenos sociales, políticos y artísticos de Europa; la vida intelectual de cada estado del archipiélago suramericano está en relación con la abundancia de

noticias. Y en razón del consumo de cablegramas que cada nación hace, se juzga de su estado de cultura”. Ahora bien, Martínez Estrada no cree en el mito de la comunicación, lo abomina. “El sentido de esas imágenes se no escapa y toda incorporación de sus formas sin substancia, desde el vestido y las leyes, hasta el *flirt* y el deporte, son remedos grotescos. Siete mil millas de agua refractan las figuras hasta darles la apariencia de que coinciden con las nuestras. Lo interior, que es lo que no queremos ser, prosigue su vida torácica, pausada, imperceptible. Y sin duda la libertad verdadera, si ha de venir, llegara desde el fondo de los campos, bárbara y ciega...” (*Radiografía de la Pampa*, 1930) El estilo se construye en torno de un tópico, de una macroestructura dice uno de sus críticos, y luego se desenvuelve en torno a reflexiones, retratos, y una serie de metáforas, de un país que es la Argentina, y no lo es, es el imaginado por el artista, “Trapalanda”, “Los señores de la nada”, “Los rumbos de la brújula”.³⁶

Fue Martínez Estrada un lúcido y desesperado imprecador. Escribe cuando acaba en la Argentina el espejismo de la riqueza vacuna, cuando comienzan los problemas, cuando los años treinta. Sus antecedentes, como destacan sus críticos, son los más altos, Sarmiento, Lugones, el viajero Hudson. Interpretación amarga, exploración del tema de la soledad, de la ruptura con lo occidental, pero en materia del género, solamente se le puede comparar al *Laberinto de la soledad* de Octavio Paz. Estudió admirablemente la ciudad, “La Cabeza de Goliat”, despotricó contra el peronismo el cual nunca lo convenciera. En su fenomenología de lo urbano, de Buenos Aires, no piensa, siente, huele, toca, mira y oye. Fue un autodidacta, un solitario, sus últimos días y trabajos transcurrieron en La Habana, en una especie de autoexilio, y se dice, en un rincón de la Casa de Las Américas, en su pequeña oficina, solía conversar largamente con otro argentino, Ernesto Guevara. Hay una visión de la Argentina, antes y después de Martínez Estrada. Ahora bien, su libro, siendo ensayo, rompe con varias reglas canónicas. No es siempre claro, no lo anima ninguna facilidad didáctica y no se le puede leer, como manda la preceptiva, de una sola sentada.

El redescubrimiento de América por los ensayistas es el gran tema que recorre la prosa latinoamericana del siglo veinte. Sin embargo, hay otro gran tema, no menor que el anterior, en el que también tendremos la dificultad de elegir los pasajes más representativos. Recordaremos el alegato de Alfonso Reyes en

³⁶ Rojas, Elena, M. “La imagen lingüística de Radiografía de la Pampa”, en Leo Pollmann, *Edición crítica*. 1996, pp. 539-575.

torno a la inteligencia americana. Tendencia poderosa de éste género de prosa, es a mirar hacia el exterior, no con exclusividad a Europa o a los Estados Unidos, sino a la civilización occidental, a veces, con ironía. Pienso en algunas crónicas de viaje de Germán Arciniegas. Como jugando, con el tono ligero de una conversación, va hilvanando un texto en el que es cuestión de la civilización del automóvil, de la juventud, de la crisis de valores, pero sin tomar en ningún momento un tono de censor sino de divertido observador. “La juventud se tiró al fondo del motorismo, como las mujeres que se pierden. En todo el mundo, en todas las latitudes. En los Estados Unidos el caso fue y es terrible. Los *gangs*, los contrabandistas, los burladores de la ley, Al Capone, Diamond, todos van pasando en sus automóviles. El automóvil ha sido el vehículo insuperable para burlarse de la ley, para asaltar los bancos para robarse los niños ricos, para huir, para asaltar, para atrincherarse. Cuando apareció el cinematógrafo todo el mundo pensó: ahora si van a perfeccionarse los rateros. Pero el cinematógrafo no alcanzó a crear una entidad nueva en el derecho penal. El automovil ya la ha creado. El cinematógrafo ha sido una gran escuela de crimen, pero a través del automóvil”. Arciniegas es un liberal, no se inscribió en ninguna corriente de izquierda u hostil al Imperio americano, pero no cierra ni los ojos ni los sentidos de la razón. “En los Estados Unidos las bandas de contrabandistas, de salteadores, se forman en la escuela, en la Universidad. La audacia más elemental que puede exigirse de un muchacho consiste en burlar las señales de tráfico. La escena de ¡manos arriba! para desocuparles los bolsillos a los parroquianos la posan hoy cuadrillas de muchachos de quince y diez y seis años, que parecen divertirse en esta forma burlando la fatiga de las horas. En los sótanos, en donde celebran sus tenidas los muchachos de la Universidad, las paredes no ostentan otra decoración que la de las señales de tráfico robadas a la cruz de los caminos”.

Sobre América ha escrito Martí, Sánchez, Sábato, Carlos Fuentes y Octavio Paz. Sobre Europa, de preferencia, Paz y Mariano Picón Salas. El ensayo que se produce en un mundo incierto y plural como el latinoamericano, no pierde de vista uno de los polos históricoculturales que inspiran a un continente que el mismo Paz ha calificado de “extremo Occidente”. El interés por Occidente no es mundano, no es crónica de viajero a lo Paul Morand. Los criterios de autodefinición pasan por ello, en filigrana, a veces como rechazo ante la alienación, a veces como conciencia de la interacción entre el nuevo mundo al que pertenece el escritor y esos varios mundos externos, sin duda poderosos pero tan arrogantes, todavía.